

La medicina en la obra de Cervantes

Uriel García-Cáceres¹

Unos cincuenta años después de la desaparición terrenal de Cervantes, el médico y poeta inglés Richard Blackmore (1650-1729)² le pidió al gran Thomas Sydenham (1624-1689)³, en la época que a éste se le veneraba como el máximo exponente de la medicina del siglo XVII, que le recomendase un texto de medicina como fuente de análisis de esa disciplina. La lacónica respuesta de ese maestro, con sorna y brevedad inglesas, fue: *El Quijote, yo siempre lo leo*.⁴

El trasfondo de la reacción del prestigioso médico inglés, con seguridad, fue la hueca palabrería de los textos de medicina de esos tiempos, que basaban sus doctrinas en especulaciones sin sustento real; en cambio, en *El Quijote* había realismo para demostrar la naturaleza humana, magistralmente expuesta, como nadie lo había hecho antes.



Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616)

Sydenham quiso modificar la manera de apreciar la naturaleza de las enfermedades, como Cervantes lo hizo al exponer la estructura de la mente humana, con sus grandezas y miserias relatando las andanzas de don Quijote y Sancho; de la misma manera, la medicina, debía basar su desarrollo en la observación objetiva de las enfermedades. Eso explica la admiración de Sydenham por *El Quijote*, como fuente de inspiración, y no porque que las páginas de ese libro contengan recetas y descripciones de enfermedades o recomendaciones de procedimientos médicos o quirúrgicos.

Como marco referencial, se debe analizar sus contactos personales con la medicina: Primero, los recuerdos de su infancia y adolescencia cuando su

² Sir Richard Blackmore, un poeta inglés de inmenso prestigio que estudió medicina, graduándose, y logrando entrar como Fellow of the College of Physicians, en 1687. Abandonó la profesión para dedicarse exclusivamente a la literatura,

³ Thomas Sydenham, con estudios universitarios en Oxford, Cambridge y Montpellier, después de haber sido destacado militar en la Guerra civil bajo las órdenes de Cromwell. Puso énfasis en la observación objetiva de las enfermedades antes que en las teorías de Galeno. Fue motejado como el *Hipócrates inglés*.

⁴ *The Works of Thomas Sydenham. M.D. Translated from the Latin edition of Greenhill, with a biography of Sydenham by R. G. Latham. London: Ed. Sydenham Society; 1848, p: XLI.*

¹ Profesor emérito de la Universidad Peruana Cayetano Heredia, Lima, Perú.

padre, Rodrigo de Cervantes, fue un profesional de la salud, como enfermero. Segundo, cuando, Miguel de Cervantes fue paciente al ser atendido por cirujanos que le curaron las graves heridas que recibió en la batalla naval de Lepanto. Y, tercero, cuando su salud se deterioró progresivamente pocos años antes de su muerte, en los que produjo la segunda parte de *El Quijote* y otras notables obras literarias. Por último, la opinión de Cervantes sobre la medicina, los médicos, las enfermedades y sus tratamientos.

Al leer las obras completas de este egregio escritor, especialmente *El Ingenioso Hidalgo don Quijote la Mancha*, se encuentra numerosas observaciones sobre la actividad médica y las consecuencias de las enfermedades, recetas o curaciones. Cervantes no fue la excepción entre los literatos de su tiempo en zahir a la medicina y a sus cultores, por mucho que no fue tan prolífico en este tópico como Tirso de Molina, Lope de Vega, Calderón o Quevedo. Él conoció personalmente algunas destacadas figuras de la medicina y cirugía de su tiempo, además de ser espectador de sus actividades, en las buenas o las malas.

Para juzgar con imparcialidad a la medicina en los tiempos de Cervantes y de los gobiernos de los primeros reyes Felipe de España, bastaría considerar la mortalidad de sus esposas e hijos. Felipe II perdió a cuatro de ellas, de todas las edades. La madre de su primogénito, el infante Carlos, murió de parto, cuando apenas había dejado la adolescencia; lo mismo le sucedió a María Tudor, reina propia de Inglaterra, quien era once años mayor que Felipe. La bella tercera esposa, Isabel de Valois, que al casarse tuvo la misma edad de su hijastro Carlos murió, no se sabe cómo. La cuarta esposa, la que le dio por fin el heredero, para reemplazar a Carlos, fue su sobrina Ana de Austria, 20 años menor que él, también falleció. Siete de sus nueve hijos murieron de enfermedades no genéticas, hasta donde se sabe. Si así sucedía con la familia del todo poderoso monarca es fácil suponer lo ocurría con el resto de

la población. Claro está que uno, el primogénito, el célebre infante don Carlos, inmortalizado por Schiller y Verdi, murió preso, dicen que, por orden de su padre, en muy dudosas circunstancias. Esa mortalidad se repitió con Felipe III y sus hijos, él mismo murió a temprana edad

“Este que veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y nariz corva, aunque bien proporcionada, las barbas de plata, que no ha veinte años fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes ni menudos ni crecidos, porque no tiene sino seis, y esos mal acondicionados y peor puestos porque no tienen correspondencia los unos de los otros... la color viva, antes blanca que morena... Llámase comúnmente Miguel de Cervantes Saavedra”...⁵ es un autorretrato escrito, el pictórico, dicen que el más fiel, es atribuido al pintor, de cierto prestigio, Juan de Jáuregui.

Una muestra del estado de la medicina española se tuvo cuando el infante Carlos era un adolescente y aún gozaba de la protección de su padre y precisamente por eso estaba en Alcalá de Henares, la cuna de Cervantes y de una prestigiosa universidad, que rivalizaba con la de Salamanca. Su formación estuvo a cargo de bien seleccionados tutores, uno fue el Duque de Alba, notable consejero real, con el encargo de impartirle la mejor educación posible. El mimado infante, a poco de llegar a Alcalá, en 1562, sufrió un grave accidente; al perseguir, a causa de su neurosis erótica, a una sirvienta rodó unas escaleras sufriendo una herida abierta en la cabeza. Su cuadro se agravó, temiéndose lo peor. El rey, en Madrid, fue informado de los temores de un desenlace fatal. De inmediato éste llamó de emergencia a Vesalio para ir juntos a Alcalá con la mayor presteza, “matando caballos”. Cuando llegaron encontraron; que, por presión del populacho, sus médicos españoles⁶,

⁵ Cervantes, Miguel: *Novelas Ejemplares* (Prólogo) Op. Cit. Obras Completas, p: 769

⁶ Felipe II, luego del accidente de su hijo, inicialmente, envió al doctor Juan Gutiérrez, protomédico real, al cirujano real Pedro de Torres y a un médico portugués. Este episodio está descrito en la minuciosa

como último recurso, acostaron al príncipe con la momia de San Diego de Alcalá, supuestamente milagrosa. Vesalio sugirió sacar a la momia y evacuar un gran absceso, con secuestro óseo. Envidias de campanario desecharon esa sugerencia, pero, finalmente fue aceptada, evacuándose un gran absceso en el sitio de la herida. En menos de 24 horas el paciente mejoró asistiendo luego a una corrida de toros en su honor. Los médicos españoles atribuyeron la dramática mejoría a un milagro de San Diego.⁷

Cervantes, contactos personales con la medicina

El primer contacto con la medicina fue en el ambiente familiar, siendo él niño y adolescente, ya que el padre, Rodrigo de Cervantes fue un “cirujano barbero”, según la mayoría de sus biógrafos. Aquí cabe aclarar que este oficio no existió, con esa denominación, en los tiempos de Cervantes; porque, como ya se ha mencionado antes, Felipe II estableció una legislación muy coherente sobre la clasificación de los profesionales de la salud. Según ella el oficio de don Rodrigo de Cervantes, con seguridad, fue el de cirujano romancista. Bajo lo establecido en dicha legislación, el padre de Cervantes debió capacitarse para servir de ayudante, o mejor de enfermero, en los quehaceres propios de la atención a los enfermos, especialmente en los hospitales. El cirujano romancista estaba facultado a administrar las curaciones recetadas por los físicos (doctores en medicina) o los cirujanos latinos (quienes eran bachilleres graduados

en alguna universidad). El principal rol de los cirujanos romancistas, como el padre de Miguel, era el de atender las necesidades fisiológicas de los enfermos postrados en cama y estar presentes en las visitas que los físicos y cirujanos latinos realizaban en el hospital, teniendo la responsabilidad de la administración de las recetas y los procedimientos médicos, tales como enemas, ventosas, sangrías, y guardar los excrementos y los orines para que el médico pudiera examinarlos al día siguiente. Este oficio era muy poco apetecido, era así que en las colonias fue ejercido generalmente por mulatos.

La opinión de Cervantes sobre la medicina y los médicos

Cervantes de manera meditada y con genuina preocupación se ocupó del problema de la formación de los profesionales de la salud. Esto, claro es, que lo hizo sin dejar de sumarse al coro de los literatos de su tiempo que se burlaron de manera inmisericorde de los médicos y su profesión. En su *Coloquio de los Perros*, parte de las *Novelas Ejemplares*, hay esta interesante observación que se desprende de un diálogo entre dos canes (llamados Cipion y Berganza, respectivamente) que tienen la virtud de hablar:

Berganza.- Que de cinco mil estudiantes que cursaban aquel año en la Universidad (de Alcalá de Henares), los dos mil oían medicina. /

Cipion.- Pues, ¿qué vienes a inferir de eso? /

Berganza.- Infero, o que estos dos mil médicos han de tener enfermos que curar (que sería harta plaga y mala ventura), o ellos se han de morir de hambre...⁸

Esta aguda observación coloca a Cervantes como un genuino crítico del panorama universitario. Esta plática perruna tiene una visionaria actualidad en el tercer mundo, especialmente en el Perú, donde la masiva concurrencia de diplomados no guarda

biografía de Vesalio en: Saunders, J. B. de C. M y O'Maley, Charles D. *The Anatomical Drawings of Andreas Vesalius*. New York: Bonanza Books; 1982:9-40.

⁷ En: *Felipe II, el Rey Prudente* (<https://www.oocities.org/losterciospaoles/felipe2.htm>) se encuentra una adecuada biografía de este rey. Además hay que tener presente que Felipe II, estuvo vivamente interesado en impulsar la alquimia en España, financió, al comienzo de su reinado la práctica de obtención de oro artificial, con objeto de sanear las arcas de su imperio, dice la historiadora Guillermina Martín Reyes, en *Breve Historia de la Alquimia*. Allí mismo se establece, con documentos, que el químico, escocés católico Richard Stanihurst, fue contratado para trabajar como alquimista en el Escorial.

⁸ Cervantes, Miguel de, Op. Cit., p. 998.

relación con las reales necesidades de la población. Atacado por la enfermedad crónica, que lo llevaría finalmente a la tumba, escribió varias observaciones sobre la medicina que tienen un valor mayor con respecto de otras, porque su madurez intelectual alcanzó niveles superlativos. La lucidez de su mente la mantuvo brillante hasta el último. Cuando, entre 1614 y el año siguiente, escribió la segunda parte de su célebre *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*, parece que aprovechó para resumir muchos de sus más íntimos pareceres, se podría decir autobiográficos. Como ejemplo hay esta edificante definición sobre la libertad:

*“La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos... y, por el contrario el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres...”*⁹

recordando, seguramente, sus cinco años de cautiverio, cuando fue esclavizado y sodomizado, en Argel, por cinco años y las ocasiones que estuvo encarcelado en España, ya que, es posible que este pensamiento lo haya redactado en los días que estuvo preso, por la última vez en su azarosa vida. Pero sus apreciaciones sobre los médicos y su profesión siguen la tendencia de la mayoría de los intelectuales de la época del Renacimiento.

Sancho Panza, en el capítulo LXXII, de la segunda parte del *Quijote* reflexiona:

*“... En verdad, señor, que soy el más desgraciado médico que se debe hallar en el mundo, en el cual hay físicos que con matar al enfermo que curan, quieren ser pagados por su trabajo, que no es otro sino firmar una cedula de algunas medicinas, que no las hace él.”*¹⁰

⁹ Cervantes, Miguel de, Op. Cit. anterior

¹⁰ Cervantes Saavedra, Miguel: *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Parte II, Capítulo LXXI, 1615. En *Obras Completas* Óp. Cit., p. 1513.

Esta apreciación de Cervantes no es una novedad ya que Erasmo, que tanta influencia tuvo en la formación intelectual de España durante el Siglo de Oro, se ocupó del mismo asunto. Dijo en su *Encomio de la Medicina*, escrito en 1518:

*“Sólo a los médicos, oigo decir, les está permitido matar con absoluta impunidad. Precisamente porque es así, más dignos de admiración son los buenos médicos, los cuales aun estando en su mano, no sólo matan impunemente, sino encima, cobran el precio del homicidio; con todo, prefieren salvar una vida. Lo que quieren toca a su facultad; lo que no quieren, a su probidad...”*¹¹

Esta observación tan derogatoria sobre los médicos parece que influyó en casi toda la producción burlesca de Lope de Vega, Quevedo, Góngora y Tirso de Molina. El cobro de honorarios por el “asesinato” se encuentra en multitud de letrillas de los literatos de la época, inclusive en Juan del Valle y Caviedes, de Lima, a fines del siglo XVII. Posiblemente una de las más ingeniosas sátiras del tema del cobro de honorarios es esta letrilla del pícaro Francisco Quevedo:

*El doctor en medicina
más experto y más bizarro,
es de condición de carro,
que si no se le unta rechina.*

*Al pulso la mano inclina
y quiere, ved qué invención,
que le den bello doblón
por infernales bebidas*

Pero, son elocuentes los conceptos que de la medicina y los médicos tuvo Cervantes, durante los aciagos tiempos anteriores a su muerte, que se coligen de sus escritos de los años en los que fue atacado de una enfermedad que cursó con “hidropesía”, como el mismo Cervantes lo mencionó. A propósito, mucho

¹¹ Erasmo, Desiderio: *Encomio de la Medicina*. En: *Obras Escogidas*, Traducción castellana por Lorenzo Riber. Madrid: Aguilar, 1964:426.

se ha especulado sobre la dolencia que acabó la vida de este personaje. El diagnóstico de la enfermedad está envuelto en suposiciones sin ningún sustento documental, y se ha llegado a afirmar que fue la diabetes. Lo cierto es que, su situación de riesgo, agudizó su sentido de observación sobre actuación de los médicos. En *El Licenciado Vidriera*, escrito en esos tiempos, hay este pasaje, en el que después de un introito conteniendo una copia textual del Antiguo Testamento (*Eclesiastés XXXVIII, 1-4*) con el elogio a los médicos y la medicina que allí existe, dice:

*“... de la Medicina y de los buenos médicos, y de los malos se podría decir todo al revés, porque no hay gente más dañosa a la república que ellos. El juez nos puede torcer o dilatar la justicia; el letrado sustentar por su interés nuestra justa demanda; el mercader, chuparnos la hacienda; finalmente todas las personas con quienes de necesidad tratamos nos pueden hacer algún daño; pero quitarnos la vida sin quedar sujetos al temor del castigo, ninguno; sólo los médicos nos pueden matar y nos matan sin temor y a pie quedo, sin desenvainar otra espada que la de un rēcipe; y no hay cómo cubrirse sus delitos, porque al momento los meten debajo de la tierra...”*¹²

Esto fue escrito a la hora que, presintiendo que el tiempo se le acortaba, entró en una carrera febril para sobresalir y consolidar el éxito de la primera parte de *El Quijote*.

En la novela, que Cervantes escribió en su lecho de muerte, *Persiles y Segismunda*, la que fuera publicada un año después de su muerte, hay esta reveladora apreciación sobre las esperanzas de vivir y sanar que con la ayuda de los médicos se puede obtener, en esos tiempos de atraso de la ciencia médica. En la trama de esa novela, hay una dama

enferma, de gran belleza, y adorada por su amante que trata de ayudar en lo posible:

*“Llamáronse médicos, escogieron los mejores, a lo menos a los de mejor fama; que la buena opinión califica la buena medicina, y así suele haber médicos venturosos como soldados bien afortunados, la buena suerte y la buena dicha, que todo es uno, también puede llegar a la puerta del miserable en un saco de sayal como en un escaparate de plata...”*¹³

Al escribir la dedicatoria, de esta misma obra, al conde de Lemos, entonces virrey en Nápoles, se siente la desesperación de Cervantes por buscar un buen médico para aferrarse a la vida, en esta conmovedora apreciación:

“Ayer me dieron la Extremaunción, y hoy escribo ésta; el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan y, con todo esto, llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir...”

No le llegó la buena suerte, en forma de un médico, a tocar las puertas de este egregio humano.

Es indudable que cuando Cervantes se decidió a sacar a don Quijote y Sancho una vez más de su casa manchega, al producir la parte segunda, de su ya entonces afamada novela, había alcanzado la madurez con la necesaria profundidad de sus apreciaciones. Esto se nota en todos los aspectos de la trama, especialmente en medicina. En el primer tomo veremos anécdotas sobre incidentes cómicos, que produjeron heridas con curaciones que varían entre mágicas y folclóricas o geniales comentarios sobre la causa de la locura maníaca de Don Quijote, que serán comentadas más adelante. En cambio, en la parte segunda hay un mejor conocimiento de la profesión médica. El largo exordio (*Don Quijote de la Mancha, Parte II, Capítulo XLVII*) que el supuesto médico, adscrito para cuidar la salud del

¹² Cervantes, Miguel de. *El Licenciado Vidriera*. En: *Obras Completas de Miguel de Cervantes Saavedra*. Madrid: Aguilar; 1967:884.

¹³ Cervantes, Miguel de: *Persiles y Segismunda*. En Op. Cit., p. 1704.

gobernador de la Isla Barataria, le hace a Sancho, es un compendio de sabios consejos higiénicos y dietéticos, así como de un correcto comportamiento deontológico:

“... Yo, señor, soy médico, y estoy asalariado en esta insula para serlo de los gobernadores de ella, y miro por su salud mucho más que por la mía, estudiando de noche y de día, y tanteando la complexión del gobernador, para acertar a curarle cuando cayere enfermo...”



Últimos momentos de Cervantes. Óleo por Víctor Manzano y Mejorada, 1856, Museo del Prado, Madrid.

Claro está que este bien hilvanado concepto se entrelaza con el complot que hay, en la novela, para burlarse de la glotonería del buen Sancho y provocarle con manjares exhibidos en la mesa del comedor y desalentarle la posibilidad que fueran devorados por el supuesto gobernador, porque el médico, lo asusta indicándole los peligros que eso trae para su salud.

“... el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan y, con todo esto, llevo la vida sobre el deseo de vivir...”

Cervantes lúcido aún en su postrera hora; murió en su ley, escribiendo, hasta que, muerto, la pluma se le cayó.

Correspondencia:
Uriel García-Cáceres
ugarca@yahoo.es

Fecha de recepción: 18-05-2022.
Fecha de aceptación: 30-05-2022.